



September 25, 2011

The Twenty-sixth Sunday of Ordinary Time

"Which of the two did what his father wanted?"

—Matthew 21:31

Dear Friends;

I confess that as an adolescent I found this parable of the two sons to be captivating. Having a rebellious streak I have to say that I identified with the son who said "No, I won't go." Yet I would end up doing that to which I had said no. My mother, who was a master of reverse psychology, would always respond to my "no" with "fine, I will do it myself." Which made me crazy and I would insist on doing the task.

Last year at one of our priest days of reflection, we had a bishop talk to us about the virtue of obedience. He reminded us of the literal meaning of the word from the Latin meaning "to listen to." He quoted "The Rule of St Benedict" (*written in the 6th century as a guide for Christians who wanted to live their baptismal call in the context of an intentional community called a monastery*) where obedience to a superior is equivalent to obeying God (RB chp. 5). Then he suggested that this is what God demands of us to the office of bishop. After all, we promised obedience at our ordinations.

The bishop had conveniently left out other parts of the rule and I found the implications of this kind of theology frightening. Was it not this system of quiet submission to the authority of the bishop that got the Church in so much trouble in the pedophilia scandals? Was it not the ones who said "no" and spoke out that helped prompt a healthier way of living together?

When we speak of the virtue of obedience many of us have a tendency to think of it as a bending of the will to one who holds authority. Someone holds a position of responsibility and those subject must submit to the will of the superior—be it a parent, teacher, work supervisor, bishop, pastor etc. This thought is especially true of those who hold authority and want compliance.

The trouble with this approach is that it is a one-sided listening. It was the problem that I had had with the good bishop's talk. It seemed too self-serving. The Rule of St Benedict clearly states that the superior "must take counsel from the monks" (who also had elected him). The superior must listen too. St. Benedict says that the superior should pay closest attention to the youngest because often God is speaking through them.

The Rule of St Benedict was written for ordinary Christians who wished to immerse their life in Christ so the life of Christ can be lived with understanding and zeal. The underlying virtue to this way of life is love. And love can only flourish if we listen to one another. Careful listening to God and each other is the meaning of obedience.

This passage from today's Gospel follows Jesus' own rebellion against the Jewish religious authorities. He cleanses the temple by driving out the money changers. This is why the passage begins with "On what authority do you do these things?" They needed to listen to what Jesus had to say.

Authority and obedience to our human superiors is important, ultimately it is the voice of Jesus and the demands of the Gospel to which we must listen and submit. All legitimate authority must listen and reflect that voice as well. And to the extent that it does not listen, those authorities must seek repentance.

In the life of St Francis of Assisi we see authority with such humility. "Brother Masseo said he was present when the Blessed Francesco preached to the birds. Rapt in devotion Francesco saw alongside the road a flock of birds to whom he wished to preach as he had done before. However, when the birds saw him approaching the birds all took flight. Then Francesco came back and began to accuse himself bitterly saying, 'what arrogance you have, you impudent son of Pietro Bernardone!'"—and he said this because he had expected irrational creatures to obey him as if he, not God, were their creator.

Peace,

Fr Ron



25 de Septiembre, 2011

El Vigésimo- sexto Domingo de Tiempo Ordinario

“¿Cuál de los dos hizo lo que el padre quería?”
—Mateo 21:31

Estimados Amigos;

Confieso que como adolescente yo encontré esta parábola de los dos hijos intrigante. Como yo tenía una vena rebelde y también porque tengo que admitir que yo identificaba con el hijo quien dijo, “No, no iré.” Sin embargo, a fin de cuentas yo hacía aquello que yo anteriormente había negado hacer. Mi madre, quien era maestra de la psicología inversa, siempre me contestaba mis “no” con “esta bien, yo lo haré.” Lo cual me volvía loco y enseguida yo insistía en hacer la tarea.

El año pasado durante uno de nuestros días de reflexión de sacerdote, escuchamos un discurso de obispo sobre la virtud de obediencia. El nos recordó de su sentido literal de la palabra en latín que quiere decir “escuchar a.” Él citó a “La Regla de San Benito” (*escrita durante el siglo 6 como guía para Cristianos quienes querían vivir su vocación bautismal en el contexto de una comunidad intencional llamada un monasterio*) donde la obediencia hacia un superior es el equivalente a obedecer a Dios (RB capítulo 5). Luego el sugirió que esto es lo que Dios exige de nosotros hacia la oficina del obispo. Después de todo, nosotros habíamos prometido obediencia durante nuestras ordenaciones.

Convenientemente, el Obispo había omitido otras partes de la regla y las implicaciones de este tipo de teología se me hacían espantosas. ¿Qué no fue este tipo de sumisión en voz callada hacia la autoridad del Obispo lo cual metió a la Iglesia en problemas durante los escándalos de pedofilia? ¿Qué no fueron los que dijeron “no” y hablaron claro quienes ayudaron a promover una mejor manera de vivir juntos?

Cuando hablamos de la virtud de obediencia muchos de nosotros solemos creer de ella como un ceder de voluntad a quien impone autoridad. Alguien quien ocupa un puesto de responsabilidad y aquellos sujetos deben someter a la voluntad del superior—así sea un padre, maestro, supervisor del trabajo, Obispo, pastor, etc. Esta manera de pensar es especialmente verdadera de aquellos quienes ocupan un puesto de autoridad y quieren conformidad.

El conflicto con este enfoque es que es escuchar unilateralmente. Este fue mi dilema cuando escuchaba al discurso del buen obispo. Parecía ser demasiado convenenciero. La Regla de San Benicio claramente dicta que el superior “debe de ser aconsejado por los monjes” (quienes también lo habían elegido). El superior debe también escuchar. San Benicio dice que el superior debe poner la mayor atención a los más jóvenes porque frecuentemente Dios habla por medio de ellos.

La Regla de San Benicio fue escrita para cristianos comunes quienes deseaban sumergir sus vidas en Cristo para que la vida de Cristo pueda ser vivida con entendimiento y ardor. La virtud profunda para esta manera de vivir es amor. Y el amor solo puede florecer si nos escuchamos los unos a los otros. El escuchar cuidadosamente a Dios y el uno al otro es el significado de obediencia.

Este pasaje del Evangelio de hoy sigue la propia rebeldía de Jesús contra las autoridades religiosas de los judíos. Él limpia el templo al correr a los cambistas de dinero. Esta es la razón porque el pasaje comienza con “¿Con que autoridad haces estas cosas?” Ellos también necesitaban escuchar lo que Jesús tenía que decir.

La autoridad y obediencia hacia nuestros superiores es importante, a la larga es la voz de Jesús y los reclamos del Evangelio a lo que debemos escuchar y someter. Toda autoridad legítima debe escuchar y reflejar a esa voz también. Y a la medida de que no escuchan, esas autoridades deben buscar arrepentirse.

En la vida de San Francisco de Asís vemos la autoridad con tanta humildad. “El Hermano Maseo dijo que estaba presente cuando el Bendito Francesco predicaba a los pájaros. Envuelto en devoción Francesco vio a un lado del camino una bandada de pájaros a quienes el deseaba predicar como lo había hecho anteriormente. Sin embargo, cuando los pájaros lo vieron acercándose, los pájaros emprendieron vuelo. Entonces Francesco regresó y comenzó a acusarse a sí mismo amargamente diciendo, “que arrogancia tienes, ¡tu insolente hijo de Pietro Bernardote!” – y dijo esto porque el había esperado que las criaturas irracionales le obedecieran como que si él, no Dios, fuera su creador.

Paz,

Fr Ron